

LA ÚLTIMA SOMBRA

Agustín Lozano de la Cruz

-NOVELA FINALISTA DEL PREMIO MINOTAURO 2011-

«En esta noche de sus ojos mortales, a la que ahora descendía, lo aguardaban también el amor y el riesgo. Ares y Afrodita, porque ya adivinaba (porque ya lo cercaba) un rumor de gloria y de hexámetros, un rumor de hombres que defienden un templo que los dioses no salvarán y de bajeles negros que buscan por el mar una isla querida, el rumor de las Odiseas e Iliadas que era su destino cantar y dejar resonando cóncavamente en la memoria humana. Sabemos estas cosas, pero no las que sintió al descender a la última sombra».

Jorge Luis Borges. «**El hacedor**»

A Sara, que estuvo en Sintra

I

—¿AMERICANA, VERDAD?

Si una tuviera que dejarse guiar por sus prejuicios no obtendría mejores resultados que haciendo uso del instinto. Unos y otros son caprichosos, volátiles, fugaces como el propio entendimiento. Ocurre igual con las convicciones que, tarde o temprano, se tambalean y caen deruidas cual castillo de naipes; y las convicciones se suponen sólidas, labradas a fuerza de experiencia y frustraciones. Aquella tarde de finales de julio, calurosa a pesar del eco de frescor que traía la montaña, el instinto y los prejuicios se obstinaron en decirme que quien así me abordaba no era más que el proverbial turista ligón y advenedizo. Me había fijado en él ya unos minutos antes, cuando tomara asiento a dos mesas de mí. El Café París, que pese a su pretencioso nombre no atraía a demasiados extranjeros aquella mañana, era sin embargo la mejor atalaya para dominar la Praça da República de Sintra. Tengo la costumbre de concentrar mi atención en cualquier desconocido, sobre todo si me encuentro ociosa en un bar o cafetería, lo cual es frecuente. Mi oficio está lleno de tiempos muertos, de recesos para contemplar los alrededores y seleccionar una cara, un ángulo, una pose. De todas formas no deja de ser un pasatiempo, bien podría distraerme leyendo una de las revistas para las que trabajo, o limitarme a tomar una infusión con la vista perdida más allá de los transeúntes. Prefiero fijar la mirada en otro cliente, en un camarero, incluso en alguien que pasa de largo y que sólo podré seguir observando durante unos segundos. Imagino a qué se dedican, hasta dónde serían capaces de llegar en sus afanes, qué opinan de sus acompañantes si los hay. Porque en tal caso el juego gana

en complejidad, y no me queda más remedio que adivinar también el motivo por el cual se han reunido. Amistad, negocios, lujuria, son tantas las opciones. Las parejas dan mucho de sí, desde luego: un ademán de disgusto o unos ojos cansados suelen ser concluyentes; pero me divierte más si su actitud sugiere una primera cita repleta de insinuaciones y malentendidos y disculpas. A veces tomo alguna foto furtiva, más por deformación profesional que por el afán de ilustrar la pieza escogida. Rara vez tengo oportunidad de comprobar el pronóstico: la persona en cuestión no tarda en marcharse, o soy yo quien se ve obligada a atender tareas menos fortuitas.

Antes de que Sam me dirigiese la palabra yo había decidido que estaría de paso en Sintra, dentro de unas largas vacaciones en Portugal que le habrían llevado primero a Lisboa y luego a la playa, tal vez a la cercana Cascais. Siendo americano, digamos de la Costa Oeste, precisemos San Francisco, imposible que viajara solo. No tan joven como para hacerlo con un grupo de amigos, de modo que habría dejado a su pareja descansando en el hotel. Nada de luna de miel, en ese caso estaría en París y no en el Café París. Más bien una escapada veraniega a Europa con su novia de siempre, a quien necesita agasajar para demostrar la solidez de su relación tras algún desliz reciente. El indudable atractivo físico del sujeto sugiere que no está entre quienes se conforman con una sola; es de esos tipos que polinizan de flor en flor, manteniendo las apariencias monógamas pero sin perder ocasión para el flirteo, y para la consumación de ese flirteo cuando más apetece. Su chica aún durmiendo en la habitación (será en el Tivoli, donde yo también estoy alojada) y él dispuesto a admirar a turistas y lugareñas. Termina por detenerse en la pelirroja de ojos verdes y piel lechosa que cree haber visto antes en el hotel: hasta para sus escasas entendederas resulta fácil deducir que está ante una compatriota de sangre irlandesa, digamos de residencia neoyorquina, precisemos Greenwich Village. Perfecta para entablar conversación en su idioma natal, el único que conoce, y no limitarse a un mero cruce de miradas libidinosas. Justo en el momento en que se giraba en mi dirección y hacía evidente su intención de hablarme, aposté contra mí misma a que se llamaba Phil, como Philip Marlowe. Fallé apenas, ya me parecía que su aspecto impostado (cigarrillo en la comisura de los labios, anchas gafas de sol, sombrero excesivo para su edad y la temperatura ambiente) tenía que corresponderse con un nombre de detective en blanco y negro.

—No he podido dejar de oír su conversación con el camarero, por eso lo digo —insistió ante mi silencio—. Sam Dwyer, nacido en Filadelfia y criado en Boston, aunque hace siglos que no ando por ninguno de los dos sitios.

—Emm —respondí. Parece un murmullo, una duda; pero es mi nombre, o al menos su apócope. Nos dimos la mano. La situación exigía que le invitara a sentarse a mi mesa, cosa que él hizo sin esperar gesto alguno por mi parte. Dejó el sombrero sobre una silla contigua y arrojó el cigarrillo al suelo, no sé si para reforzar o deshacerse de su pose detectivesca. Después de haberme equivocado de costa a costa, dejé las conjeturas por un instante, aún tentada de proseguir con el juego adivinatorio: ahora se trataba de conocer al auténtico Sam, sentado frente a mí en el Café París de Sintra, y para ello debía abandonar al personaje ficticio que sólo parecía existir en mi cabeza de viajera desocupada.

—Sam y Emm, Emm y Sam, ¿no suena divertido? —dijo con entonación musical, tratando de resultar gracioso—. Como una canción popular, como «Frankie y Johnny», por ejemplo. ¿Conoces la versión de Duke Ellington?

Tarareó la melodía, acompañándose del tableteo de la mano derecha sobre el mantel. Con la izquierda hizo una seña al camarero y acto seguido indicó que quería tomar lo mismo que yo. Tal vez poseía algún tipo de formación musical, me lo imaginé capaz de tocar uno o varios instrumentos. En cualquier caso, era evidente que tenía buen oído para la música. Como primera impresión sobre Sam, pensé que era incapaz de ocultar sus habilidades. Que necesitaba hacer constante uso de ellas, no tanto por vanidad o afán de protagonismo; sino porque no conocía la doblez de intenciones, no guardaba nada para sí. Al principio creí que se mostraba tal cual era: amable, ligeramente ingenuo, seductor sin llegar al empacho. Sólo hubo una parte de él que de manera deliberada mantuvo fuera de mi alcance aquella mañana en Sintra: sus ojos. Cuando pude verlos ya era tarde, me había dejado arrastrar por el exceso de confianza en mis propias intuiciones. Demasiado tarde para ver con claridad la otra faceta que todos guardamos en la recámara del alma.

—Sam y Emm también suena a una de esas *buddy movies* de Hollywood, dos policías colegas a la fuerza, discutiendo por la estúpida sonoridad de sus nombres —repliqué. Mi subconsciente se obstinaba con historias de detectives y sucedáneos, probablemente a causa de las lecturas de novela negra que ilustran mis veranos. O quizá sólo porque

la inesperada compañía de Sam, de manera un tanto premonitoria, me hizo pensar desde el primer momento en la meca del cine.

—Pero el tuyo es nombre de mujer, no serviría.

—¿De mujer? No exactamente. Además, Sam también puede serlo.

—Cierto. De todas formas Emm es un nombre intrigante, ¿de dónde proviene?

—Piénsalo bien, Emm podría ser Emmanuelle —continué, haciendo caso omiso a su pregunta—. Un poli ítaloamericano duro y honrado, interpretado por Al Pacino, o quizá por Bobby de Niro.

—¡Bingo! —rió—. Pero no hablemos demasiado de Hollywood, bastante tengo con mi trabajo.

—Vaya, qué oportuno, ahora tendré que mostrarme interesada y preguntarte al respecto, ¿verdad?

—Sólo si aceptas que te invite a otro café. ¿Te has fijado en que lo sirven con una rama de canela? Da un toque delicioso, debe de ser una costumbre portuguesa.

—Sí, su café es excelente —admití.

Hubo un nuevo silencio durante el cual nos miramos sin apenas pestañear. Así que su nombre era Sam, como Sam Spade. Podía considerarme ganadora de mi propia apuesta: Marlowe y Spade son en cierto modo el mismo detective, creados por distintos novelistas pero en el cine interpretados por un mismo actor. El Sam que tenía ante mí no se parecía en nada a Humphrey Bogart, salvo en cierto detalle que no me pasó desapercibido un solo instante: tenía el rostro marcado por un mentón cuadrado y firme, de antiguo galán de cine. Era apuesto, sí, porque la mandíbula perfectamente afeitada proporcionaba equilibrio a unos rasgos que de otro modo resultarían un tanto infantiles. A falta de ver sus ojos ocultos tras las gafas de sol, que aún no se había quitado, no pude evitar mordirme el labio inferior. En unas pocas frases se había insinuado cierta sintonía entre nosotros, una muy leve complicidad que podría diluirse como el azucarillo que tenía delante junto a la taza de café, o quizá cultivarse si decidíamos disponer de la paciencia y el tiempo suficientes para no despedirnos tan bruscamente como nos habíamos conocido. Me asusté. Estaba siendo asaltada por el impulso de seguir hablando con él, por la absurda convicción (no una basada en la razón, sino en el deseo más arbitrario) de que Sam y yo acabaríamos el día en la misma habitación de hotel.

II

—¡AY DE MÍ! ¿QUÉ MANO puede guiar el lápiz, o la pluma, que recree la mitad siquiera de la belleza de estas vistas? —citó en voz alta. Lo hice en mi idioma, por supuesto, el único que conozco y el mismo en el que George Noel Gordon Byron glosó los parajes de Sintra. Emm escuchaba con atención pero sin ocultar una sonrisa burlona, a caballo entre la incredulidad y la complacencia. Ignoro qué imagen se hizo de mí en un primer momento, pero desde luego no contaría con que pudiera recitar para ella el canto XVIII de la «Peregrinación de Childe Harold».

—Excelente —dijo, el mismo adjetivo que había aplicado al café portugués; era ya su tercera taza, servida esta vez junto con la tradicional *queijada*—. No me puedo creer que estés aquí también a causa de Lord Byron.

—Así es, aunque he venido por mi cuenta. Sintra no aparece en la novela, de manera que no vamos a rodar aquí.

—¿Entonces?

—Después de ir tras los pasos de Byron, buscando localizaciones para el rodaje, decidí que merecía la pena continuar. Siempre me atrajo la figura de este poeta inglés, aristócrata metido a aventurero existencial. Nunca pensé que sirviera de algo para mi trabajo. Al acabar mi parte en el rodaje me sentía en deuda con él, por qué no seguir viajando en su honor. Una excusa para conocer Europa como otra cualquiera, en realidad.

Emm volvió a esbozar su sonrisa, ahora con mayor inclinación hacia un divertido escepticismo. Estaría pensando que tanta coinci-

dencia no podía ser fruto exclusivo del azar, que yo la había vigilado y averiguado el propósito de su viaje, que ahora me dedicaba a representar el papel idóneo para seducirla. Preferimos buscar explicaciones inverosímiles en lugar de aceptar que casi todo lo que nos ocurre se debe a la intervención de la fortuna: si me acerqué a Emm fue por la evidencia de su origen americano, con la única intención de saborear el café matutino en compañía de una chica bonita que, previsiblemente, tendría mejores cosas que hacer que mantenerse a mi lado más allá de unos corteses minutos de camaradería entre paisanos. Cuando comprobé que no sólo no tenía prisa por marcharse, sino que su estancia en Sintra y la mía respondían a motivos similares (en palabras de un romántico incorregible, que parecíamos destinados a encontrarnos), simplemente supuse que se trataba de mi día de suerte.

—La siguiente parada, si tengo ocasión, será el condado de Kerry, en Irlanda —continué—. En alguna parte he leído que Byron también viajó hasta allí, y comparó la belleza del lugar con la de los Alpes suizos.

—No puedes decirlo en serio —el gesto de incredulidad de Emm abarcaba ahora toda su cara. No sólo se apreciaba en el dibujo de su sonrisa: sus fêlidas pupilas color esmeralda parecían dilatarse y las pecas a ambos lados de las mejillas moverse hasta formar constelaciones imposibles—. Mi familia proviene de allí, de Kerry. Son originarios de Killarney, donde estuvo Byron. La mía es la segunda generación nacida en Nueva York, pero mis abuelos me criaron entre evocaciones de su paisaje natal, de sus costumbres, hasta de su idioma.

—¿Puedes hablar gaélico, entonces? —pregunté, interesado.

—Apenas. Más bien nada, acabé perdiendo lo poco que aprendí. Una pena. Ahora está sobrevalorado en Irlanda: en las escuelas es obligatorio estudiarlo, pero los alumnos lo olvidan al hacerse adultos, por la falta de uso. Si pervive es como signo de distinción frente a los ingleses y como reclamo turístico, salvo en zonas de la costa oeste como el condado de Kerry, donde era mayoritario y aún se sigue hablando.

—Comprendo.

—Hablo español, eso sí, y algo de francés. Tiendo a mezclarlos, de hecho. Mi francés es producto de lecturas y estudios universitarios, me cuesta mucho hablarlo. En cambio el español lo aprendí sobre todo en la calle, en Brooklyn primero y en Madrid más tarde. A veces utilizo

expresiones que desconciertan a mis amigos españoles, y mis torpes intentos de expresarme en francés quedan siempre salpicados de modismos y frases hechas provenientes del castellano.

—¿Castellano?

—Sí, quiero decir del español. Existe en España una guerra lingüística en ciertos territorios, por cuestiones políticas. Hay quienes prefieren llamarlo castellano, pero ambas denominaciones son válidas.

—Ya veo —una vez constatada mi ignorancia en temas hispanos, me vi en la necesidad de contraatacar haciendo gala, como ella, de cierto pedigrí europeo. No podía dejarme arrebatar la ventaja obtenida gracias a Byron, sobre todo después de saber que Emm realizaba un reportaje para la revista *Vanity Fair*, acerca de Sintra como enclave turístico y en relación a sus visitantes más ilustres—. Yo no tengo residencia fija, ahora mismo. Acabo de pasar unos meses en Roma, fui a parar allí por trabajo, también a causa de esta película, y decidí instalarme luego. Aunque instalarse no es la expresión más precisa, en realidad me dedico a regresar a la ciudad eterna entre un encargo y otro.

Emm se mantuvo en silencio, sin apartar la mirada. Aunque protegido por mis gafas de sol, sentí que era muy capaz de traspasarlas en su examen, de anticiparse a mi próximo movimiento e incluso a mis deseos. Ella jugueteaba con la funda de la cámara, pero esa era toda la actividad visible en su cuerpo al acecho. Aquellos breves minutos de conversación y cafés le habrían bastado para indagar en mí, para saber hasta dónde podía llegar y por qué, tal impresión de fuerza me enviaban sus ojos. Verdes como la isla de sus antepasados, aparecían traslúcidos a la vigorosa luz de julio, con un leve pero insoslayable toque animal, siempre acentuado por su melena roja con vetas violáceas. La blancura de la piel, excesiva hasta para alguien de su sangre, contrastaba tanto con la calidez de sus rasgos que podría haber pasado por Carmilla, la criatura vampírica de la narración de Sheridan le Fanu; o por una de las terribles musas de «La fuerza de su mirada», el libro que de alguna manera me había llevado hasta Sintra y hacia ella. Pero todo esto lo pensé más tarde, dejándome llevar por la febril contemplación de su piel desnuda. Entonces sólo acerté a concluir que me resultaba atractiva, intrigante, peligrosa tal vez. Como temía en mi nerviosismo que el silencio fuera culpa del exceso cometido a la hora de referirme a Roma, opté por rebajar la solemnidad de la última frase con una pequeña confesión:

—Sin embargo, no he conseguido manejar el italiano más allá de unas pocas frases, y ya lo siento.

—No tienes que disculparte. Aunque sólo domines un idioma, no conozco a muchos americanos que puedan recitar así a un poeta inglés. Y que lo hagan en el lugar que inspiró los versos, aún menos —sonrió de nuevo, esta vez enmascarando su burla: sonaba a cumplido, no a ironía. Supuse que la sorpresa y el recelo iniciales estaban cediendo ante la constatación de que, en efecto, lo único forzado y no azaroso en nuestro encuentro era mi empeño en pagar los cafés con rama de canela.

—Aparte las menciones en la «Peregrinación de Childe Harold» —aproveché su invitación para continuar exhibiéndome—, Lord Byron se refiere a Sintra en una de sus cartas a Francis Hodgson, enviada desde Lisboa. Califica a la localidad como una de las más hermosas del mundo, y añade: «soy muy feliz aquí, porque adoro las naranjas, y hablo en mal latín con los monjes, que lo entienden porque es como el suyo, y me mezclo entre la gente con mis pistolas de bolsillo, y atravieso el Tajo a nado, y monto en asno o en mula, y juro en portugués, y...».

—De nuevo la importancia de los idiomas —aseguró Emm. Agradecí calladamente su interrupción, pues en la frase siguiente, mucho más prosaica, Byron se refiere a la enfermedad de estómago que contraí, típica del viajero—. Me ha parecido que los portugueses no se expresan mal en inglés, a diferencia de lo que ocurre en España, donde...

—*A conta, se faz favor* —indicé al camarero, ausente de las mesas desde hacía unos minutos. La hora del desayuno tardío de los turistas había pasado con creces, por lo que nos encontrábamos solos en la terraza del Café París. Pagué mientras Emm seguía quejándose de la fobia de los españoles hacia el aprendizaje de otras lenguas (sólo comparable a la americana, me temo). El sol no dejaba de ascender en el cielo y en intensidad, invitando a perderse en las calles y a subir luego hasta el Palacio da Pena. Sugerí que nuestra primera parada fuese el recuperado hotel Lawrence's, alojamiento del poeta durante su estancia en Sintra.

III

RESULTA FABULOSO LO LEJOS QUE NOS PUEDEN LLEVAR LAS CONVICCIONES POR irracionales que sean. A mi izquierda la ventanilla del avión que se elevaba sobre Lisboa, aguzando la vista aún podía distinguirse el puente Veinticinco de Abril. A mi derecha Sam me dedicaba una sonrisa nerviosa, de alegría compartida. Se había empeñado en que visitara Roma en su compañía.

—Quiero que conozcas mi apartamento junto a la Piazza Navona, a dos minutos del sensacional Pantheon —propuso durante nuestra segunda noche juntos en Sintra—. Iremos también a *The Keats-Shelley Memorial House*, está justo al lado de la Piazza di Spagna, motivo por el cual casi nadie repara en ella —añadió con un entusiasmo digno de la adolescencia. Nos encontrábamos tomando el fresco, sentados en el balcón de mi habitación a la que él se había trasladado durante el día. Pagaba *Vanity Fair* y Sam sugirió recortar gastos ante la inminencia de próximos e imprevistos dispendios. Comenzaba a parecerme demasiado calculador, de modo que respondí por imitación:

—Primero tengo que acabar el reportaje, y luego debería pensar en cómo obtener nuevos ingresos. Mi revista no se ocupa de Europa con frecuencia, y temo que en unas semanas me obliguen a regresar a Nueva York. Si para entonces no tengo algo realmente bueno que ofrecer, a ellos o a otra publicación, no tendré más remedio que volver.

—Razón de más para aprovechar tu tiempo en el continente, ¿no crees? Dijiste que todavía no conoces Roma.

—Aún no. Pero tengo la ciudad en la imaginación, en mis deseos. ¿Has leído «Memorias de Adriano»? Me veía a mí misma en la Villa Adriana, a las afueras de Roma, despachando un imperio. Claro que entonces sólo tenía diecinueve o veinte años y mi ingenuidad no quería detenerse en la crueldad de los romanos, sólo en la prosa mágica y envolvente de Yourcenar.

—¿Nada más? —preguntó, y no quiso clarificar su demanda a pesar de mi mirada inquisitiva. Tenía a veces Sam un repentino gusto por los silencios, o era más bien por la capacidad del silencio para sorprender al interlocutor y dejarlo extraviado hasta que adivinase el sentido de su mutismo. En un principio pensé que se trataba de una impertinencia machista de su carácter, al poco comprendí que no era más que un juego para procurar mi desconcierto.

—De acuerdo —admití tras la inevitable pausa que alargué a propósito alisando y bajando los pliegues de la falda más a merced del viento nocturno. En la Praça da República no parecía haber alma alguna que pudiera distraerse con un vistazo impúdico a mis piernas. Me demoré unos segundos más para cerciorarme de que, en efecto, no quedaran siquiera turistas alborotadores u otros noctámbulos en la plaza. En medio del jazz que estábamos escuchando sólo se intercalaba el rumor suave de la brisa pasando entre los árboles. Sin embargo, una sombra se movió junto a la tétrica picota, en Portugal abundan todavía estos ahora ignorados lugares de ejecución pública. Una sombra demasiado voluminosa para ser la de un animal, si bien se desplazó rápida y furtiva bajo los naranjos hasta sumergirse en una calle adyacente. No alcancé a distinguir sus rasgos, y me hizo pensar en la fantasmal efigie de Orson Welles para «El tercer hombre». Demasiadas referencias *noir* para una sola noche, pensé divertida meditando sobre lo que iba a decir a continuación. Tuve que hacer un esfuerzo para recuperar el hilo de la conversación y desenredarlo del silencio—. Por supuesto que he visto Roma también a través de los ojos del cine, quién no ha disfrutado con el clásico de Audrey Hepburn y Gregory Peck. Pero recuerdo con más fuerza tanto las páginas como las imágenes de «El talento de Mr. Ripley». Releí la novela de Patricia Highsmith para contrastarla con la película de Minghella. Entonces, al contrario que media década antes con la lectura de «Memorias de Adriano», me abandoné a la admiración por Tom Ripley a pesar de su crueldad: esa fascinante capacidad suya para mimetizarse y convertirse en Dickie

Greenleaf como si fuera su *doppelgänger*... Incluso tuve la absurda idea de intentar algo similar, siempre sin crímenes ni homosexualidad de por medio, desde luego —sonreí no tanto con la intención de restar importancia a la ocurrencia como para cerciorarme de que una cosa así no volvería a pasar por mi cabeza. Afuera no había rastro del espía acechante, y el viento se obstinaba en descubrir mis muslos. Otra vez el silencio de Sam me invitó a proseguir—. En Madrid estuve viviendo con una chica inglesa muy atractiva, que viajaba con frecuencia por todo el mundo, invitada por su prometido, un estirado y maduro directivo del *Bank of Scotland* en España. Por aquella época yo era más remilgada de lo que puedas pensar ahora, y ella no dejaba de ir de farra, se acostaba con unos y otros compañeros de juergas que a menudo hacía subir a nuestro piso, y me obligaba a jurar que guardaría el secreto. No nos llevábamos mal pero acabé odiando su doble vida que me convertía en cómplice. Era frecuente que me pidiera ayuda para sus coartadas, en una ocasión mentí a su novio que llamaba mientras ella ahogaba gemidos en la habitación contigua. Pensé en suplantarla, sí, pero sólo por teléfono, impostando su pulcro acento británico en una llorosa confesión al novio que por supuesto rompería con ella de inmediato. Llegué a considerarlo seriamente en vísperas de una excursión a Granada que me alejaría de la escena del crimen lo suficiente como para encontrarlo todo despejado a mi regreso. Días después, cuando volví a verla, el asunto me pareció una boba locura producto de mi pasajera obsesión por Ripley. Yo no era nadie para juzgar a Martha, mucho menos condenarla. Durante esa semana cada vez que pasaba por el salón mi mirada se iba hacia la mesita donde teníamos el teléfono y me aterraba la facilidad con la que puede destruirse el futuro de una persona.

Sam asintió, meditabundo, supongo que mostrando su acuerdo con las últimas frases aunque rechazara las demás. Llevaba tiempo manoseando distraído uno de sus cigarrillos marca *Kool*, tan americanos, sin decidirse a encenderlo. Alzó los ojos para encontrarse con los míos. Había estado observando fijamente mis piernas semidesnudas, atraído quizá por el revoloteo de la falda. En dos noches ya las conocía bien y las había recorrido con fruición, pero aún no se había acostumbrado a su fulgor en contraste con la madrugada. Son lo más sugerente de mi cuerpo, o al menos eso me han dicho siempre. No son muy largas ni esbeltas pero están repletas de pecas; es fácil distraerse contemplándolas, tratando de buscar algún sentido a la disposición de los puntos

rojos sobre la piel demasiado blanca. En realidad me cansa que los hombres intenten leer mis piernas moteadas, resulta tan previsible. Permanecen extasiados mirándolas, y tarde o temprano se empeñan en encontrar constelaciones donde por supuesto no puede haberlas. Me dicen alguna ridiculez más o menos poética sobre las estrellas y el firmamento, tonterías. Odio que pretendan ser sensibles justo después de follar conmigo, eso hay que hacerlo antes. Por suerte Sam había hecho bien lo segundo y omitido lo primero, aunque su insistencia en mirarme las piernas me hacía temer lo peor. Ahora que al fin había levantado la vista, su semblante me transmitía una mal disimulada satisfacción. No sé si es que disfrutaba al saber hasta dónde podía resultar peligroso mi temperamento, o si por el contrario se felicitaba por el fruto obtenido gracias al uso de sus malditos silencios. Sam Dwyer, detective privado en alguna de mis ensoñaciones literarias, provocaba este efecto en mí: me invitaba a revelar las fantasías intelectuales más íntimas, creando una atmósfera de confianza mutua que daba pie a confesiones insospechadas, de las que podía arrepentirme más tarde por su riesgo o simple puerilidad. Él no contaba nada, pero de alguna manera me obligaba a desnudarme de mis secretos. El whisky del minibar ayudaba, también el saxo tenor de Coleman Hawkins sonando en su reproductor portátil y perdiéndose en la fragante oscuridad de Sintra. ¿Cómo había sabido este hombre en apariencia inocente que mi universo sensual está siempre atravesado por el género negro y todo aquello que lo rodea? Desde que nos vimos por primera vez no paraba de hacerme pensar en clave *noir*, influida por su vestimenta, sus gustos y su forma de comportarse. De nuevo me asustaba la determinación que nos reunía en una pequeña localidad al norte de Lisboa, donde ninguno de los dos había estado antes ni probablemente tuviera intención de regresar jamás. Y para colmo insistía en que su afición a la novela negra era lateral, a partir de su devoción por el jazz. Admiraba los clásicos del cine policiaco, sí, pero apenas había leído algo de Chandler a raíz de las adaptaciones al cine de sus obras maestras. Más Marlowe que Spade, por tanto. Cuando repetimos desayuno en la terraza del Café Paris y pregunté por todo lo demás, sombrero, tabaco y gafas negros, se limitó a encogerse de hombros. Era un gesto muy propio de él, tan ambiguo como el de enarcar las cejas. Reproducía ambos movimientos, a la vez o por separado, y su rostro podía adoptar un aspecto aniñado y enternecedor, o un cariz perverso que amedrentaba. Todo dependía de la intensidad de su mirada, los ojos pálidos contra la piel

morena y el pelo castaño. Debía de haber sido rubio en la infancia, según indicaba el color dorado del vello en los brazos, más expuestos al sol, y también la barba que apenas asomaba entre afeitados. Sin embargo, una sombra permanente oscurecía el mentón alrededor de sus labios, más gruesos que los míos, una barbilla exenta de pelo de una tonalidad ocre, como un dibujo a carbón hecho para resaltar lo más singular de su rostro. Al menos la piel no es también negra como la de Easy Rawlins, pensé con alivio, comparándole mentalmente con el detective protagonista de la saga escrita por Walter Mosley. Al menos no es insoportablemente atractivo como Denzel Washington en «El demonio vestido de azul».

IV

—¿CREES QUE HUBIERA FUNCIONADO? No es sencillo imitar la voz de otra persona sin levantar las sospechas de alguien que la conoce tanto como su prometido, en este caso.

—Ya tenía cierta práctica.

Emm se interrumpió dejando esa misteriosa frase en el aire. Me pareció que iba a continuar y se arrepentía en el último momento. Estaba tan intrigado por su fantasía de suplantar a su antigua compañera de piso que comencé a notar un principio de erección. No exagero, siento un deseo irracional por las mujeres que reconocen abiertamente ser capaces de perpetrar delitos. No me interesa que los hayan cometido en la realidad (eso las convertiría en peligrosas). Tampoco busco conocerlas, puesto que no hay manera de distinguir a mujeres así entre el rebaño de la multitud. Lo que quiero decir es que me atraen sin yo quererlo y son atraídas por mí, la mayoría con quienes tengo o pretendo tener un *affaire* son de ese tipo. Y lo más rocambolesco es que no preciso de apenas tiempo ni intención de averiguarlo, no tardan en confesarme alguna idea más o menos criminal que no persiguieron lo suficiente como para llevarla a término. Con Emm opté por mantenerme en silencio, para comprobar si de tal modo podría conjurar el inminente arrebató de sinceridad. A la larga esta habilidad mía no trae más que problemas. Pero del silencio pasé a las mínimas preguntas de cortesía, para no parecer grosero o ajeno a la conversación. Y eso fue suficiente. De una manera u otra, no consigo evitar que me consideren una invitación al abandono de todo secreto. Era nuestra segunda noche en Sintra. El frescor de la madrugada nos servía de escenario en el

balcón del hotel. Empezaba a formarse en mi cabeza la intención de llevarla conmigo a Roma. Me extasiaba la blancura espectral de su piel. Cualquier presión sobre ella levantaba un círculo de color rojo intenso, como si en el interior de su cuerpo hubiera más sangre de lo humanamente posible, y pugnara por salir a la superficie contra el mar de hielo de su epidermis. Lo cierto es que no podía ver desnuda a Emm sin desearla con un ardor excesivo, y la sola contemplación de alguna parte de su cuerpo normalmente vedada al común de los mortales (un muslo bastaba) encendía mi fiebre. A pesar de todo ello no habíamos hecho el amor más que dos veces, una por noche, tal vez más pendientes de profundizar en el carácter de cada uno (la novedad de conocerse siempre proclive a contar más de lo razonable) que en nuestros cuerpos. Una moratoria que yo planeaba romper cuanto antes, a la vista insoportable de sus piernas que la falda rebelde descubría a intervalos. Bajé la mirada a mi entrepierna un segundo, para constatar que la excitación iba más allá del simple calentamiento producto de las palabras de Emm. Pero ella se empeñaba en exponer no la piel sino la traición que a punto estuvo de consumir.

—A veces, cuando estaba molesta con Martha por su comportamiento casi siempre adolescente, aprovechaba sus ausencias para recorrer el apartamento imitando su estúpida voz de presumida criada en Chelsea. Sólo para desahogarme. No teníamos grandes discusiones, pero había momentos en los que se atrevía a tratarme como criada suya, a darme órdenes. Eso me enfurecía. Por otro lado su altivez también me daba lástima, porque deduje que era producto de la impotencia, de la frustración que sentía a causa del estancamiento de la relación con su prometido. Martha estudiaba en Madrid para estar más cerca de él, y él apenas tenía tiempo para verla. Su temor era que no llegasen a casarse nunca: la diferencia de clase social, aunque mínima, jugaba en contra de Martha tanto como sólo puede hacerlo en Inglaterra. Lo irritante es que ella descargaba su desilusión contra mí y, sobre todo, follando con cualquiera. Me parecía una actitud tan inmadura...

Encendí un *Kool* que llevaba rato manoseando para tratar de tranquilizarme. Ahora la confesión de Emm se deslizaba por un terreno menos sugerente, pero el viento de Sintra soplabla con más fuerza y ella, concentrada en su monólogo, olvidaba cubrirse los muslos. Era un vestido largo hasta las rodillas, estampado de flores en tonos azules, con tirantes, escotado. En contraste con el vestido la piel de los muslos se

mostraba de un blanco lunar, sedosa, completando el firmamento que era su cuerpo cubierto de pecas. Se había dado una ducha minutos antes, mientras yo servía sendos whiskies y ponía una selección del mejor jazz que llevo encima. Emm exhalaba un aroma tan fragante como la noche estival de Sintra. No era perfume, sino un gel de marca indescrutable que formaba ya parte de su identidad corporal, y que jamás percibí en ninguna otra mujer. Había evitado ponerse ropa interior, detalle que convertía la contemplación de sus piernas en un ejercicio de ansia interminable. Giré el cuello para distraer mi agitación y observar las luces del Castelo dos Mouros, allá arriba en la cumbre de la montaña, a donde Byron subiera dos siglos atrás. Agradecí en silencio al aventurero inglés que con sus palabras hubiese propiciado mi encuentro con la pelirroja del Village. Emm. Aún no había averiguado su nombre completo.

—Una tarde dejó olvidado el móvil —continuaba explicándome—. Vi en la pantalla que llamaba su novio, y contesté haciéndome pasar por ella. No lo pensé. Simplemente lo hice. Él se encontraba de viaje de negocios en Singapur, llevaba allí dos semanas y quería disfrutar de una pequeña sesión de sexo telefónico con su pareja. Pobre ingenuo, pensé, seguramente lleva días reprimiendo sus instintos en el paraíso del turismo sexual, y mientras tanto Martha... Me puse histérica, quiero decir que imité a Martha como si lo estuviera, le dije que jamás se le ocurriera volver a proponer una cosa así, que estaba harta de recurrir a eso.

—¿Por qué? ¿No tuviste la tentación de seguirle la corriente, de hacer lo que te pedía?

—Claro —sonrió, y era una sonrisa realmente maliciosa, casi tanto como la mía en el momento de formular la pregunta—. Se me pasó un instante por la cabeza, pero ya te dije que entonces era bastante menos lanzada de lo que te puedas imaginar ahora. Tenía su morbo suplantar a Martha hasta ese punto, aunque al mismo tiempo la idea me causó un repentino asco: conocía a su novio y me imaginaba su cara al otro lado de la línea, un ricachón avejentado al borde del orgasmo. De lo contrario quizá... En todo caso hubiera sido mucho más comprometedor, porque Martha y él podrían hablar de ello en su siguiente conversación, y descubrirse el engaño. De la otra manera también corría ese riesgo, pero resultaba menos probable, los hombres procuráis evitar recordarnos que habéis provocado una bronca. En fin. A

decir verdad todo esto lo pensé luego, nerviosa por las posibles consecuencias, para convencerme de que había hecho lo más sensato tras la insensatez inicial.

—¿Qué ocurrió? Supongo que él no llegó a hablar del tema con tu amiga.

—No —Emm sonrió de nuevo, ahora mostrando más diversión que maldad. Según hablaba el color de sus ojos iba oscilando entre el verde pálido y el azulado. Cuando perdían fuerza, hasta darle a todo su rostro una apariencia fantasmal, me transmitían rubor, tal vez apuro o desasosiego. Si adquirían, como un momento antes, una densidad azul oscuro, me parecía que Emm era capaz de algo más que imaginarse traspasando la ley—. Mi interpretación de una Martha histórica debió de resultar muy convincente. Por suerte, ella tampoco pidió explicaciones a su novio por la interrupción del sexo telefónico. Irónicamente, fue a mí a quien acabó por comentar su sorpresa, sin darle demasiada importancia. Estuve a punto de echarme a reír, pero enseguida me sentí culpable, y ese sentimiento de culpa me impidió imitarla de nuevo para algo mucho más grave como destruir su relación.

Dejé mi cigarrillo en el cenicero, sobre la mesa de cristal que habíamos colocado en la terraza. El movimiento me permitió admirar una vez más sus piernas desnudas, llegando a vislumbrar el rojo natural y exótico que esperaba al final del viaje. La música se había detenido y su ausencia precipitaba el silbido del viento que quizá venía del mar. Me levanté y caminé hacia Emm, y al hacerlo puse en evidencia que no había conseguido dominar el mástil de mi excitación. Ella regresó a su sonrisa maliciosa, y los ojos se le oscurecieron otra vez por un instante, como si una sombra de cólera los animara. Se lanzó sobre mí, chocamos contra la puerta corrediza que separaba la habitación del exterior, y nos sumergimos en la cama.

V

ESPERÁBAMOS LA SALIDA DE EQUIPAJES en el aeropuerto romano Leonardo da Vinci, que los italianos prefieren llamar Fiumicino, cuando vi a Harry Lime por segunda vez. Tal vez por tercera, si hago caso a mis temores y asumo que era él quien vigilaba bajo la picota de la Praça da República. De eso no puedo estar segura, imposible adivinar en la oscuridad y la distancia el rostro de la sombra fugaz que se escabulló con la rapidez de la brisa. Mi intuición insistía en decirme que se trataba de la misma persona que nos observara la noche siguiente en el Hackell Caffee, y sin duda estaba allí en el aeropuerto, esperando su equipaje como nosotros. Por eso decidí llamarlo Harry Lime, como el enigmático personaje de Orson Welles, ese contrabandista sin escrúpulos capaz de traicionar a su amante y a su mejor amigo. Surgía siempre de improviso, entre tinieblas, para desaparecer enseguida como un mal recuerdo, apenas percibido pero recurrente y molesto. «El tercer hombre» que distorsionaba mi aventura con Sam. Nos despedimos de Sintra con una cena en el Hackell, un restaurante cercano al hotel pero que aún no habíamos visitado, ni por separado antes de conocernos ni luego de dejarnos avasallar por el azar, como le gustaba decir a Sam, en la terraza del Café París. Un local con sabor americano, que nos hubiera hecho encontrarnos como en casa si no fuera porque ambos nos adscribíamos cada vez más a los límites sentimentales de Europa, más allá de la pose intelectual que había servido para seducirnos el uno al otro. El Hackell pretendía pasar por un club de jazz sin perder por ello su función obligada de restaurante y salón de copas para turistas de paso en Sintra. Se adivinaba la asistencia de clientes habituales, de la locali-

dad y los alrededores, tal vez llegados desde la propia Lisboa. Sam y yo cenamos en una mesa cercana a la entrada, con un espejo detrás de él que reflejaba el rótulo de bienvenida al local y permitía ver un ángulo muerto de la mesa enfrentada a la nuestra, semioculta tras una columna y vacía cuando llegamos. Las paredes blancas sin más decoración que los numerosos espejos y el mobiliario negro y rojo proporcionaban el pretendido tono minimalista; la división en dos plantas de baja altura y con los comensales de una a la vista de los de la otra, la atmósfera de *night club*, si bien un tanto fallida por el exceso de iluminación. Estábamos ya en los postres cuando pregunté a Sam por la novela para cuya adaptación al cine trabajaba como localizador de exteriores. Ya se había explicado la primera noche mientras caminábamos hacia el hotel, pero entonces yo estaba demasiado ansiosa por llevármelo a la cama y él empezaba ya a condenarse a la vista de mi piel bajo las estrellas. Cuando la cena de adiós a Sintra, por el contrario, habíamos pasado tres días juntos y saciado nuestro apetito sexual, en especial la noche anterior, interminable: en ningún momento cometió el error de mencionar la belleza de mis piernas pecosas. Esa mañana yo me había levantado con mal cuerpo, no a causa de la intensidad de los combates sino por remordimientos que tenían que ver con mi sorprendente disposición a hablarle de Martha. Nunca antes había confesado esa historia a nadie, por qué hacerlo a alguien que acababa de conocer. Tal vez por la misma razón que me impulsó a acostarme con él enseguida, a no poner apenas objeciones para seguirlo hasta Roma.

—«La fuerza de su mirada», de Tim Powers, es una novela de principios de los noventa o finales de los ochenta, no estoy seguro. La descubrí hace años, mucho antes de empezar a trabajar. Nunca pensé que se llevaría al cine, y menos que tendría la suerte de participar en la adaptación. Presenta como protagonistas, además de a personajes ficticios, al llamado grupo de los románticos ingleses: Lord Byron y su médico Polidori, John Keats y el matrimonio formado por Mary y Percy Shelley. Si te digo la verdad, fue por esta obra por lo que empecé a interesarme por Byron y compañía. Al poco tiempo leí «Frankenstein», y luego pedí en la universidad un ejemplar de «No despertéis a la serpiente», ante la mirada incrédula del bibliotecario. Eso lo recuerdo bien. Era un tipo huraño, amable con los profesores pero intransigente con nosotros. No parecía comprender que un estudiante de ciencias de la información pudiera tener interés en los románticos. Yakshi, mi mejor amiga entonces, decía de él que era un espectro, un muerto vivien-

te. Nadie le había visto jamás fuera de la biblioteca, ni siquiera en los pasillos o en el campus. En algún momento de su vida habría sido un joven alumno como aquellos a quienes atendía con desgana curso tras curso, pero eso parecía tan lejano como la época del mismísimo Lord Byron. Justo un día antes de las vacaciones, para que no tuviera oportunidad de devolvérmelo, dejé en su mesa mi manoseada edición de bolsillo de «La fuerza de su mirada». A la vuelta del verano encontré el libro en mi taquilla, con una larga nota de agradecimiento en la que el bibliotecario elogiaba la obra y decía entender ahora mis inquietudes. Sin embargo, en su trato conmigo no pasó del gesto hosco de costumbre, un poco suavizado tal vez, por lo que nunca me atreví a conversar con él sobre este asunto. Un día, durante mi último trimestre en la Northeastern, simplemente desapareció: al entrar en la biblioteca me quedé pasmado al ver en su puesto a una jovencita recién graduada. La explicación oficial fue que se había jubilado, por supuesto, pero todos sospechamos que en realidad había muerto, puesto que éramos incapaces de imaginarlo fuera de aquel recinto repleto de libros, llevando a sus improbables nietos a pasear por el parque o algo parecido. Perdona, me estoy desviando de la cuestión. Ya te volveré a hablar del bibliotecario, si quieres. Lo que más me atrae de «La fuerza de su mirada» es que combina episodios reales protagonizados por el grupo de Byron con otros inventados pero que parecen auténticos, teniendo en cuenta el misterio y la tragedia que envolvieron sus vidas. La idea de la que parte la novela es que todos ellos deben su talento como escritores a un fuerte vínculo con las musas, siendo estas una especie de perversas lamias o vampiros que los seducen y esclavizan. Toman la forma de espíritus elementales, o cobran vida a partir de estatuas, y lo mismo transmiten una extraordinaria inspiración artística que provocan toda clase de desgracias a su alrededor. Por ejemplo, tomando el caso de Percy Shelley, no es difícil imaginar que su extraña muerte por ahogamiento, o la de su hija en común con Mary Wollstonecraft, fueran producto de tales fuerzas sobrenaturales. La película, como la novela de Tim Powers, transcurre en los distintos escenarios por los que pasaron: Londres, Roma, la Villa Diodati en Suiza junto al lago Lemán, y finalmente Venecia.

Al hablar de Lord Byron Sam adoptaba un tono muy enfático, de erudito, como si fuera una lección ensayada para impresionarme. Al principio no reparé en ello, probablemente porque lograba causar el efecto buscado. Luego me pareció evidente y divertido, yo sonreía y él

mostraba disgusto por lo que creía una falta de atención por mi parte. En verdad lo era, no podía evitar distraerme con sus maneras de tipo duro: el sombrero de fieltro negro ahora colgado en una percha a la entrada del restaurante, el cigarrillo *Kool* pasando de sus labios al cenicero a intervalos regulares, su forma de mirarme tan sensual y al mismo tiempo indiferente, como si no pudiera soportar mi atractivo pero tampoco molestarse en seducirme. Mi Sam Spade particular, pensé mientras él ofrecía detalles sobre su trabajo de localizador: decía algo acerca de la muerte de John Keats en Roma. Justo entonces, no sé si por analogía con la atmósfera detectivesca que una vez más se iba formando en mi cabeza, entreví a Harry Lime a través del espejo, sentado a la mesa que quedaba detrás de mí. En primera instancia sólo vi su perfil, una nariz y un mentón enormes que recordaban a los *gangsters* de «Dick Tracy», y un ojo de mirada afilada que se giró hacia mí sólo un instante pero sin disimulo, una mirada que me pareció de advertencia y me hizo temblar de frío. La mucha luz del restaurante no tenía nada que ver con las sombras de la Praça da República la noche anterior, pero sufrí de nuevo la misma sensación de estar bajo vigilancia. Sam se interrumpió, pues llegaba el turno del jazz, muy cerca de nosotros, en un escenario improvisado junto a la escalera de acceso a la planta superior. Detrás de los cuatro jóvenes componentes de la banda un nuevo espejo ocupaba toda la pared, perfecto para espiar a Lime desde un ángulo distinto y con la coartada de seguir a los músicos. Supuse que habrían venido de Lisboa para la ocasión, su ritmo rápido y ligero sin llegar al swing, dominado por el saxo y completado por guitarra, bajo y percusión. El saxofonista lucía barba y sombrero bohemios, y como sus compañeros unas zapatillas deportivas desentonando a propósito con el ambiente chic que ellos mismos propiciaban. A su lado estaba sentado el bajista, y detrás de éste quedaba el reflejo de Harry Lime tomando una copa que podía ser coñac o tal vez oporto. Ahora, aunque algo más lejos, veía con mayor claridad la nariz basta, el cabello lacio y en retirada, la intención aviesa de sus ojos enfrentados a los míos. Ningún parecido con Orson Welles. Tenía las cejas muy pobladas y mostraba siempre dos grandes dientes como los de una rata. Sin embargo su atuendo era impecable: chaqueta de *tweed* verde oscuro, camisa blanca, pantalones y corbata a juego, desusado pañuelo azul sobresaliendo de la chaqueta, el brillo de los zapatos italianos bajo la mesa. Más que de *gangster*, parecía el porte de un militar vestido de paisano, o tal vez retirado, aunque no parecía sobrepasar los cincuen-

ta. En todo caso su cara era la de un hombre dispuesto a ejercer la violencia a poco que lo necesitara. Me giré hacia Sam, un poco asustada, y traté de imaginarlo con un revólver en el bolsillo, apuntando hacia Lime para liquidarlo al menor movimiento sospechoso. La escena me pareció tan fuera de lugar que me dio por reír, y así logré apartar del jazz la atención de Sam, y de mi mente el desasosiego. Sam me miró con expresión interrogativa pero condescendiente, empezaba a estar acostumbrado a mis cambios de humor. Nos inclinamos el uno sobre el otro, sin mediar palabra, y nos besamos durante unos segundos tan largos como sólo pueden serlo en el tiempo lento de los viajes y del extranjero. Cuando al fin, reticente, me deshice del abrazo de su lengua y me recosté sobre el asiento, miré de nuevo por el espejo. Harry Lime había desaparecido. No quedaba rastro de él, su mesa volvía a estar vacía hasta donde yo alcanzaba a ver, ni siquiera conservaba la copa de coñac u oporto. Aún dudaría de su presencia allí, en el Hackell donde dijimos adiós a Sintra a ritmo de jazz; aún pensaría que era puro fruto de mi imaginación, un fantasma conjurado por la risa, si no hubiera vuelto a verlo en el aeropuerto de Roma y en tantos otros lugares empañados por su aparición.

VI

EL PRIMER SITIO A DONDE quise llevar a Emm, antes incluso que a mi apartamento, fue al Castel Sant'Angelo, la fortaleza circular que separa Roma del Vaticano, frente al río. Iniciado para servir de mausoleo al emperador Adriano, detalle que sabía del gusto de Emm, luego hizo las veces de refugio y prisión para el papa Clemente VII. Entramos ya de noche, poco antes de la hora de cierre. En el aeropuerto nos recibió una lluvia tormentosa que escampó al poco rato, aunque las nubes se resistían a marcharse y apenas permitían el paso a una luna llena y resplandeciente. Era el mejor momento para la visita, sin apenas turistas y con la magnífica vista de Roma desde la cúspide del castillo, la ciudad eterna iluminada por la luna y por el hombre: en el horizonte la cúpula refulgente de San Pedro, a nuestros pies cientos de farolas señalando los puentes sobre el Tíber en una disposición de peones de ajedrez, listas para entrar en figurado combate. Cuántas guerras se habrán librado a las puertas de Roma, ahora un gigante pacífico y dormido. Pero mi intención de conducir a Emm hasta allí tenía que ver más con la manera en que ella se me representaba en sueños, los cálidos sueños de Sintra con su suave respiración acompañándome en la oscuridad. La veía convertida en estatua, inmóvil pero dotada de vida, en sustitución de tres ángeles esculpidos que yo conocía bien: dos de ellos situados en el interior del castillo por donde nos adentrábamos ahora; el tercero muy cerca, al inicio del puente que sale del Castel Sant'Angelo y conduce al centro de la ciudad. En mis sueños el rostro de las estatuas era el suyo, sus ojos cambiantes y su pelo rojizo destacando contra el gris sucio de la piedra. La piel de Emm igualmente gris, irreal, aunque

tal vez menos insólita que la suya auténtica de espectro que se colorea con tanta fuerza al presionar sobre ella. En cada sueño la expresión de su cara era la misma, neutral, contemplativa, indiferente al encierro. No me hablaba, no podía hacerme gesto alguno, pero yo sabía que estaba viva y aprisionada por la piedra. Estas estatuas de Roma aparecían en el sueño repetido cada noche, siempre me habían fascinado y las confundía ahora en mi fiebre irlandesa, mezclando a Emm con las musas de «La fuerza de su mirada». Al fin y al cabo los sueños son eso, figuración de las obsesiones que nos habitan durante el día. Por fortuna nunca fue mi pretensión convertirme en escritor o artista, pensaba cada mañana para tranquilizarme, de modo que no necesito ninguna musa que sea mi condena. No hubiese querido conceder mayor importancia a tales fabulaciones, pero lo cierto es que nada más despertar por primera vez junto a Emm tomé la decisión de llevarla conmigo hasta Roma. Como si se tratase de un mandato enviado mientras dormía. Curiosamente, los sueños se interrumpieron al abandonar Portugal. Hubo una cuarta imagen, soñada una sola vez, justo la noche antes de dejar juntos Sintra. Una figura que yo no recordaba haber visto jamás pero que se representaba muy clara en mi cabeza: la imagen de un ángel caído esculpido boca abajo, precipitándose hacia los infiernos; y de espaldas, de forma que no podía ver su rostro y por tanto ignoraba si, como las demás, sus rasgos eran los de mi adorada Emm. No me atreví a decirle nada cuando comenzaron los sueños. Tenía miedo de perderla por cualquier desliz, miedo de hacer demasiado visible mi obsesión por ella. Tampoco quise mencionar el asunto durante la visita al castillo. Pero me detuve para señalar la primera de las estatuas, colocada a modo de vigía en un patio interior del edificio, alada y sobre un alto pedestal. Emm miraba con escaso interés, y de repente comenzó a temblar.

—¿Podemos ir a tu apartamento? Tengo frío —dijo.

—Espera un segundo. No podemos marcharnos de aquí sin ver la ciudad desde el adarve.

Continuamos subiendo, aparentemente solos en la inmensidad de la fortaleza. Me sentía como si nunca me hubiera marchado de Roma, la sensación de libertad acentuada por la falta de equipaje, dejado en la consigna de la estación Termini. Pero eso suponía un problema para Emm, que no había traído su abrigo y hasta tiritaba. Coloqué mi gabardina sobre sus hombros y ella sonrió, quizá por algo más que para agradecer el gesto de protección, como si llevara mucho tiempo espe-

rando, aparte del frío momentáneo, que yo decidiera darle la gabardina. La besé para que sus dientes blancos como el marfil dejaran de castañetear. Jugueteó con la lengua como sólo hacía cuando demandaba sexo. A riesgo de que a sus ojos regresara el azul intenso, insistí en proseguir la visita. Empezaba a dudar de que apreciase ésta: yo me empeñaba en obligarla a hacer algo que no parecía de su gusto, pero sí del mío. Al salir a la azotea del castillo el viento arreciaba, y las nubes que habían vaciado su llanto durante la tarde permanecían a la espera, amenazadoras, como un techo ennegrecido y a punto de desmoronarse. Emm se estremeció unos segundos, para luego dar unos pasos hacia las almenas. Llegué a su altura al tiempo que ella exhalaba un grito de admiración por la estampa que se ofrecía ante sus ojos verdes: Roma. El corazón del mundo antiguo y moderno bajo el lienzo de la noche. El templo de Ara Pacis a nuestra izquierda, señalé, y allá al fondo la luna elevándose tímidamente por encima del Quirinale. Los puntos de luz convergían en el río y de él salían despedidos hacia el paisaje; el fulgor de los edificios, la luna y las farolas se multiplicaba al encontrar reflejo en los charcos de la lluvia reciente. Miré al cielo para agradecer en silencio el espectáculo. Si aún hay dioses, se confabularon para ofrecernos un gran recibimiento. Emm alzó su cámara y dedicó varios minutos a tomar fotografías, entusiasmada. Me deleité admirando su soltura a la hora de manejar la cámara, los movimientos precisos y acompasados como una coreografía. La cabellera de Emm ondeaba en paralelo al suelo todo el tiempo; de manera sobrenatural, pensé con agrado, pues la fuerza del viento no parecía tanta. Había algo en ella que insinuaba siempre una danza secreta, una fluidez anómala a la hora de moverse, una agilidad más propia de un animal que de un ser humano. Esperé a que terminara y abracé su cintura por encima de la gabardina que había sido mía hasta poco antes. Se mordió el labio inferior y me miró, y sus ojos me inocularon la luz noctámbula de la ciudad. Debí hacer entonces lo que ella a buen seguro esperaba: un largo beso como epílogo de la visita y prelude de la batalla que nos esperaba en el apartamento. Lástima, puedo ser muy testarudo cuando algo escapa a mi control, y más si ese algo se me antoja inverosímil pero cierto. Tenía que efectuar una comprobación. En lugar de besarla di media vuelta y me detuve, para que Emm no tuviera más remedio que levantar la vista y contemplar la segunda estatua. Un ángel exterminador, con la espada que se cierne sobre quien mira, a punto de descargar el golpe. El punto más alto del Castel Sant'Angelo, visible desde cualquier án-

gulo fuera del castillo, pero a tan escasa distancia en verdad escalofriante. Sentí las uñas de Emm clavándose en mi brazo derecho, y el ruido de baile de sus dientes.

—Se está moviendo, Sam. ¿No lo ves?

—Qué dices, cómo va a moverse.

—Vámonos de aquí, por favor.

Sin darme tiempo a reaccionar se lanzó escaleras abajo. Antes de ir tras ella observé la estatua unos segundos más, intentando sin éxito imaginarme el rostro de Emm en lugar del esculpido. Continuaba sin entender la naturaleza de mi sueño, y menos aún el rechazo que aquellas figuras provocaban en Emm. No obstante, yo intuía que algo así podía ocurrir, y mi extraño pronóstico se había cumplido. Cuando salí a la calle por el portón principal ella me aguardaba fumando, una silueta completamente solitaria en la explanada que daba acceso al puente. Tenía a su espalda la hilera de estatuas que lo flanqueaban, la primera a la izquierda representando a otro ángel, este con una especie de pértiga entre las manos. No había visto fumar a Emm hasta ese momento, siempre rehusaba mis cigarrillos. Me acerqué exhibiendo una sonrisa de disculpa mientras me preguntaba de dónde habría sacado el tabaco. Ella mantuvo su rictus de disgusto, los ojos azulísimos parecían querer fulminarme. Yo amplí mi sonrisa, no tanto por apaciguar su ánimo como porque acababa de comprenderlo: fumaba uno de mis *Kool* tomados de la gabardina, y ambos elementos conjuntados con el gesto fiero y su belleza fantasmal conferían a Emm el aspecto inequívoco de *femme fatale* que tanto se repite en sus novelas predilectas. Se lo dije, y eso pareció disminuir su malestar. No sonrió, pero vi suavizarse la intensidad de su mirada. Tampoco temblaba ya, el susto había sido pasajero. Quise mostrarme solícito sugiriendo que tomáramos un taxi hasta la estación, y de allí a Piazza Navona donde al fin llegaríamos a mi apartamento.

—Tenemos que cruzar el puente —añadí—. Esta zona es peatonal y no encontraremos taxi.

—No —ordenó. Hizo una pausa para dar una nueva calada al cigarro—. Por ese puente no. Demos un paseo hasta el siguiente.

VII

—APUESTO A QUE NO SABES quién fue el primer escritor en popularizar el mito de los vampiros en la literatura.

—Es una forma de hablar o de veras te atreves a apostar algo.

—No me gustan las apuestas.

—A mí sí.

—¿Por qué?

—Bueno, los anglosajones siempre estamos apostando, ¿no? Me vuelvo temeraria con las apuestas. Una vez desafié a mi hermana a que sería capaz de sustituirla un día en su trabajo sin que nadie se diera cuenta.

—Tendrás que contarme eso con detalle, pero no ahora. Está bien, acepto: quien pierda pagará la cena.

—Dame tres oportunidades. Soy temeraria pero no estúpida.

—De acuerdo.

—Sheridan Le Fanu, el autor de «Carmilla». Llevas una edición de bolsillo en la maleta.

—Cierto, me gusta releer esa novelita, siempre me acompaña en mis viajes. Pero esa no es la respuesta correcta.

—Dame alguna pista, encanto.

—Tiene que ver con el hecho de habernos conocido.

—¿Lord Byron?

—Cerca, muy cerca.

—¿Muy cerca? ¿Qué significa eso?

—Luego te lo explicaré. No es Byron, aunque podría haberlo sido.

—No soporto que te pongas misterioso. Eso es cosa mía.

—Será mi lado femenino, entonces. Vamos, te queda una última oportunidad.

—No lo sé. Bram Stoker es posterior a ambos, así que no puede ser él. Muy cerca de Lord Byron... ¿Shelley?

—Esa es una respuesta doble. ¿Cuál de ellos, Mary o Percy?

—No has especificado que tuviera que adivinar el nombre completo. Mi respuesta es Shelley.

—Tramposa. De todas formas no es ninguno de los dos. Sólo estaba jugando contigo.

—Tramposo. Venga, cuál es la solución.

—John William Polidori, el médico que Byron contrató para sus viajes por el continente. Autor del cuento titulado «El vampiro». Denostado por sus contemporáneos, ignorado por la historia, y sin embargo Polidori fue el precursor del vampiro romántico, el creador de la figura del vampiro como un poderoso aristócrata que seduce y asusta a partes iguales.

Sam dio un último bocado, lleno de satisfacción, a la tarta que compartíamos como postre. Me mordí el labio inferior al recordar que nos encontrábamos en una de las zonas más turísticas de Roma, y por lo tanto más caras. No soporto perder apuestas. Al menos la comida lo merecía, un exquisito *risotto* para dos del que ya habíamos dado buena cuenta. Sam no hacía más que escanciar vino en mi copa, cada vez que yo bebía me miraba con tal atención que conseguía hacerme sentir víctima de un experimento, qué sé yo, esperaba verme transformada en una de sus musas sobrenaturales, o peor aún, en una especie de Mrs. Hyde. Me gusta el vino rosado y espumoso de los italianos, pero procuro no tomarlo: enseguida se me sube a la cabeza, más que ningún otro alcohol, y me produce un raro cosquilleo rojo por todo el cuerpo. Esa noche accedí a probarlo ante la insistencia de Sam, nuestra primera noche en Roma. Accedí no sólo por regar la celebración, necesitaba también que las burbujas disiparan el mal trago atravesado en ese Castel Sant'Angelo. Nunca antes había sentido un miedo tan extraño, tan cargado de presagios. En cuanto vi la primera, supe que aquellas esta-

tuas eran heraldos de alguna desgracia: que podían llegar a cobrar vida, a moverse para atraparme, que tras la máscara de su belleza se ocultaba el horror. Despertaron en mí la memoria de algo instalado en las profundidades de la mente, una pesadilla de la infancia tal vez, reminiscencias del tiempo en el que el miedo forma parte de nuestras fantasías. No lo pude precisar porque el instinto de la edad adulta me obligó a luchar contra el recuerdo para mantenerlo a raya. Una tonteoría, supongo, pero odié a Sam por forzarme a contemplarlas. Qué interés más absurdo el suyo. El caso es que acertó en cuanto a la vista de la ciudad desde las almenas: no me canso de repasar esas fotos en el visor digital de mi cámara. El cigarrillo, el paseo junto al río y el recorrido en taxi serenaron mis nervios, luego hábilmente tensados por Sam en su apartamento cuando, imagino que a modo de compensación, dedicó largos minutos de halago a mi sexo. Se nos hizo tarde para cenar fuera, por suerte mi anfitrión tenía amistad con el dueño del restaurante donde estábamos ahora, un siciliano grasiento y bonachón con familia en Boston. Estaba a punto de cerrar cuando llegamos, pero se negó cortésmente a dejarnos sin cena. Tenía su encanto comer en un salón vacío, sin más servicio que el propio dueño y el maître. El negocio estaba enclavado en plena Piazza Navona, en el lugar que ocuparon las gradas del estadio de atletismo construido bajo el mandato del emperador Domiciano. Así nos lo hizo saber el dueño al acompañarnos a la mesa, dándose importancia, no sin antes palmotear la espalda de Sam con estruendo y besarme la mano en un gesto tan antiguo como su emperador. Se llamaba Lucca Marco, insistió enseguida en no pertenecer a la rama viajera de su clan, la cual había llegado a América varias generaciones atrás y, por azar de los azares, servido a Sam en su adolescencia las mejores pizzas de la Costa Este, según fama. Mientras este escanciaba de nuevo y yo pensaba más en la familia del afaible Marco que en el vituperado Polidori, sentí de pronto una humedad suave recorriéndome el mentón y acto seguido me llevé la servilleta a los labios: era sangre. Debería haber sido vino, pero la densidad y el color señalaban otra cosa. Volví a limpiarme, ahora con el envés de la servilleta, el reguero era ya sólo un pequeño círculo rojo. Miré la copa y me pareció que el líquido bailaba de un borde a otro, como si en lugar de en un estadio reconvertido en plaza barroca estuviésemos cenando en un barco. Decidí que ni una gota más de rosado por esa noche, y procuré concentrarme en las palabras de Sam, que seguía a lo suyo.

—Polidori era de origen italiano, como habrás adivinado. Participó en el reto, o apuesta si lo prefieres, que llevó al grupo de artistas reunidos en Villa Diodati a escribir cada uno un cuento de terror. Conocerás la anécdota, porque de ahí surgió el «Frankenstein» de Mary Shelley. Ella y Percy, Byron y Polidori junto con otros amigos como el también escritor Matthew Lewis escogieron ese lugar como residencia durante sus vacaciones en Suiza porque también lo había sido de ilustres como Milton, Rousseau y Voltaire. Mary Shelley consideraba además que se trataba de un enclave sagrado, con propiedades telúricas para la creación literaria. Sí, hasta ese punto creían en lo sobrenatural. Para colmo, el verano de 1816 fue especialmente frío, de hecho se conoce como «el año sin verano», un desastre para las cosechas y los habitantes de medio mundo. Las tormentas se sucedían cada noche, el ambiente no podía ser más propicio para la lectura en común de «Phantasmagoriana», un libro sobre leyendas alemanas perteneciente al propio Polidori. Tras la lectura, y a propuesta de Byron, decidieron poner a prueba sus habilidades como cuentistas. Durante la velada Percy Shelley sufrió un ataque de pánico: dijo haber visto una mujer con ojos en lugar de pezones. Parafraseando al maestro español Goya, en aquella ocasión el sueño de la vigilia produjo monstruos.

—Algo había oído, sí. Aunque sólo sabía lo de «Frankenstein» —acerté a decir, impresionada.

—Además, cuando años después «El vampiro» fue publicado en una revista londinense, su autoría se atribuyó por error a Lord Byron, hasta que Polidori se proclamó como verdadero autor. El nombre del protagonista es Lord Ruthven, de ahí la confusión. En realidad se cree que Polidori, efectivamente, se inspiró en Byron para el personaje, una manera más o menos intencionada de ajustar cuentas con quien acostumbraba a tratarle con condescendencia y a despreciar su capacidad para escribir. Y es que la auténtica novedad del cuento de Polidori, aparte de presentar a la criatura de las leyendas y del folklore como a un peligroso aristócrata seductor, reside en configurarla como vampiro psíquico, que diríamos hoy en día. Como un ser que absorbe no tanto la sangre, sino los anhelos y las expectativas de quienes lo rodean. Como ocurría con Lord Byron, según se dice.

—Como otros grandes artistas —añadí—. Es el caso de Picasso y de Rodin y la fascinación malsana que provocaban en las muchas mujeres que intervinieron en la vida de cada uno de ellos.

—Exacto. Fíjate: es muy posible que Polidori deseara ser considerado Byron, convertirse en él, succionarlo cual vampiro. Y, hasta cierto punto, podemos decir que lo consiguió gracias a su relato.

—Muy bien. Sí, es similar a «El talento de Mr. Ripley». La cuestión no es que Tom Ripley se haya enamorado de Dickie Greenleaf, como sugiere la película, no se trata de que quiera poseerlo, sino que anhela ser él. Y el proceso de transformación se lleva a cabo, progresiva y monstruosamente, con el asesinato de Dickie como parte necesaria del proceso.

—A veces me asustas cuando hablas así —afirmó Sam.

—No digas estupideces —respondí, tajante. Sabía que no lo decía en serio, como revelaban su media sonrisa y el brillo pícaro en los ojos. Con la mano izquierda se mesaba el pulido mentón en un claro gesto de complacencia—. Con Rodin ocurre algo parecido: no se conformó con tener a Camille Claudel como discípula y como amante, también quiso apropiarse de su intelecto y de sus manos, pretendió que las mejores esculturas de ella fueran consideradas obra suya.

Hubiera querido seguir hablando de Auguste Rodin y sobre todo de Pablo Ruiz Picasso, mi pintor predilecto, pero en lugar de eso me incorporé con cierta brusquedad y anuncié que debía visitar el baño. Estaba mareada, muy mareada. Hasta ese momento había logrado seguir el hilo de la conversación sobre aquel episodio de la vida de los románticos que tanto interesaba a Sam. Pero fue levantarme y sentir que el techo se desplomaba sobre mi cabeza. Tropecé con una mesa cercana y a duras penas pude sortear las columnas del restaurante, me veía perdida en un laberinto micénico. Al menos eso pensé mientras trataba de distinguir el lavabo que me correspondía. En la puerta más cercana al salón habían colocado un grabado circular con el minotauro de Creta en su interior. En la otra, una pequeña copia de la Venus de Botticelli. En lugar de decidirme a traspasar a Venus de inmediato, o bien a alabar en silencio el buen gusto en la decoración del establecimiento, o incluso a preguntarme si no estaría ante una muestra extravagante del sentido del humor del dueño siciliano que se permitía representar al hombre cornudo y a la hembra bellísima, me detuve a observar la primera imagen como si estuviera en un museo. Apoyé una mano sobre la última columna del laberinto para no perder pie. Me mordí el labio inferior y al cabo de unos segundos mi memoria recabó el dato que andaba buscando: Watts. George Watts, el autor del cuadro

cuya reproducción tenía ante mis ojos. Muestra al minotauro contemplando el horizonte desde su encierro, en una actitud mucho más humana que bestial. Su perfil de toro transmite pesadumbre y melancolía, reforzadas por el pájaro que mantiene atrapado bajo su mano de hombre. Conozco bien el lienzo, a través de uno de los muchos libros de arte que guardo en mi casa del Village, toda una estantería repleta de ellos. Rechacé la punzada de nostalgia del hogar que me asaltó un instante, y seguí pensando en el cuadro. Lo asociaba siempre con el cuento «La casa de Asterión»: Borges presenta al minotauro hastiado de su labor de monstruo, tanto que se deja matar a manos de Teseo. Hice propósito de compartir esto con Sam a mi regreso y al fin atravesé la puerta de Venus. Me lavé la cara con agua abundante, muy fría. El espejo sobre el lavabo ocupaba todo el ancho de la pared. Al levantar la vista para ver mi reflejo en él, me asusté: de nuevo brotaba la sangre de la herida en mis labios. Utilicé varias toallas de papel para limpiarme, y esperé a que dejara de sangrar. Entonces hice algo muy extraño, y lo hice sin pensar, en uno de esos gestos mecánicos que no obedecen a una orden consciente del cerebro. En realidad fue una sucesión de gestos, razón por la cual me cuesta creer, por muy borracha que estuviera, que todo fuese involuntario. Primero aparté hacia atrás unos cabellos rojos algo rebeldes, luego aproximé la cara al espejo. Por último, abrí la boca y examiné cada uno de mis colmillos. No había nada anómalo en ellos, así que me ordené el pelo y lo até en coleta, pinté mis labios con carmín y mucho cuidado de no reabrir la pequeña herida, y volví al salón restaurante.

VIII

COMENZABA A PREOCUPARME SU TARDANZA en volver a la mesa, cuando observé a Emm regresar del baño sorteando las columnas de la sala, apareciendo y desapareciendo entre ellas como un fantasma. Estaba espléndida en su vestido de flores azules. Al igual que en Sintra, después de la veloz sesión de sexo se había dado una ducha rápida y puesto aquel vestido, esta vez con ropa interior incluida. A nuestra llegada al apartamento ella seguía en tensión, menos nerviosa que al salir del castillo pero todavía enajenada. Cada poco tiempo clavaba en mí sus ojos casi negros como el mar en una noche sin luna, y su mirada muda me exigía explicaciones. Yo no podía darlas sin empeorar las cosas, Emm no iba a entender que todo hubiera surgido de mis sueños poblados de ángeles de piedra. Me dejaba claro, sin necesidad de verbalizar su deseo, que aquello sólo podía arreglarse en la cama. Es un decir, porque ella se dejó desnudar en la misma entrada del apartamento, la puerta apenas entornada hasta que pude cerrarla de un puntapié. Cogí su cintura con ambas manos y coloqué a Emm sobre la vieja cómoda que preside el vestíbulo, con cuidado de no lastimarla con ninguno de los objetos inútiles que se abandonan siempre sobre muebles así. Emm tenía casi mi misma altura, lo cual no era decir mucho en mi caso pero sí en el suyo, y a pesar de ello su cuerpo resultaba tan liviano como el de una niña. Aunque su delgadez saltaba a la vista de ninguna manera era mórbida, de hecho era una delgadez aparente, falsa, porque allá donde se la tocara no había hueso, sólo piel tersa y esa coloración sanguínea tan extraña. Abrió las piernas infinitas y se dejó hacer, sólo por mi lengua porque cuando quise penetrarla me apartó con un empellón,

dio un salto de gacela hasta el suelo y encontró la ducha sin preguntar siquiera. Ahora, sentada de nuevo frente a mí en *Casa Marco*, exhibía una sonrisa promisoría y unos ojos verdes que yo interpretaba como su peculiar forma de pedir disculpas. Menos mal que he ganado la apuesta, pensé de manera un tanto infantil mientras ella pagaba la cuenta. Lo cierto es que ya me consideraba resarcido por cuanto había logrado atraer su atención sobre el asunto Polidori, necesito hablar de mis obsesiones cuando no estoy cómodo; y además me sentía especialmente recompensado por el fascinante espectáculo que me ofreció al aceptar la invitación a *salamino*. Jamás había visto nada igual, aunque no puedo determinar hasta qué punto fue real o producto de una imaginación repetidamente sugestionada por su singular anatomía. Cada vez que Emm ingería el vino rosado un estallido descendía por su garganta, una línea roja cobraba forma bajo la piel ya translúcida. Con cada trago sus labios más bien finos parecían ganar volumen, y por último adquirieron un fuerte color de cereza que se confundía con el vino mientras este se derramaba por su boca como la sangre mana de una herida.

—Estoy tan cansada —dijo, al ver que me incorporaba. Yo buscaba a Lucca Marco con la mirada, no quería dejar el restaurante sin cruzar unas palabras más con él—. Desearía que me llevaras en brazos hasta tu casa —añadió.

Sonreí complacido, aunque no pude evitar pensar en la contrariedad que su agotamiento podría suponer para terminar esa misma noche, nuestra primera noche en Roma, con el combate cuyo primer asalto había tenido lugar de mala manera en el vestíbulo. Guardé el paquete de tabaco, me coloqué el sombrero y me dispuse a ayudarla a levantarse. Agarró mi mano y noté que la suya estaba demasiado fría. Tiré de ella y en el esfuerzo para ponerse en pie se desmayó, apenas alcancé a sujetarla para que no se estrellara contra la silla o el suelo. Aun así golpeó la mesa y derribó la botella de vino, que se hizo añicos al llegar abajo. Bruno, el maître que Marco tenía contratado, me ayudó a poner a Emm en otra silla cercana. El propio dueño del restaurante llegó hasta nosotros a los pocos segundos, se movía rápido a pesar de su corpulencia.

—Sammy, Sammy, te tengo dicho que el truco de emborrachar a las jovencitas no siempre da resultado —bromeó en su inglés cantarín—. Dame un minuto y os llevo a casa en mi coche.

—Pero si vivo aquí al lado. Puedo llevarla yo mismo, aunque siga desmayada, o en todo caso pedir un taxi en la plaza.

—¿Un taxi? *Nossignore*, los taxistas son el gremio más peligroso de Roma, a excepción de los políticos. Vendréis conmigo.

Acepté y minutos más tarde Marco entraba conmigo en el apartamento, que ya conocía de sobra. Entre ambos subimos el cuerpo inerte de Emm, los brazos rodeándonos el cuello y la cabeza oscilante como un péndulo. La depositamos sobre la cama y volví a comprobar su pulso, que era regular; no había peligro. Conduje a mi amigo siciliano al salón, si así puede llamarse la breve estancia que más bien sirve de separación entre el dormitorio y la cocina. Las modestas proporciones de mi vivienda en Roma eran lo habitual en el centro de la ciudad, una finca antigua y deteriorada donde años atrás las familias numerosas italianas habían criado a sus hijos y nietos que ahora necesitaban tres veces más espacio y trasladarse a las afueras para criar a un solo vástago, dos a lo sumo. Eso era lo que, a su manera, me decía Lucca Marco mientras yo preparaba unos whiskies. No se molestaba en bajar la voz para respetar el descanso de Emm, así que tras dejar los vasos sobre la única mesa me acerqué a entornar la puerta. Observé un instante a mi neoyorquina de sangre irlandesa, parecía feliz en su sueño de alcohol, los rasgos faciales relajados y los brazos estirados en cruz como si quisiera abarcar todo el colchón para sí. Estaba boca arriba, al contrario de como la habíamos dejado, la respiración tan suave que no podía oírla. Sin embargo sus pechos se movían al compás del aliento, dos dunas pequeñas pero firmes en una ensenada de arena blanca. Era la única parte de su cuerpo exenta de pecas. Tenía la falda subida casi hasta la cintura, dejándome ver el triángulo de tela azul celeste que había elegido a juego con el vestido. Lamenté la ocasión desperdiciada por su desmayo y di media vuelta para dirigirme al invitado y al mismo tiempo anfitrión, que no paraba de criticar la vida italiana moderna.

—No hay valores —decía en un tono algo pomposo—. No queda nada a lo que aferrarse, amigo mío.

—*Signore* Marco —exclamé para interrumpir la perorata. Luego hice una pausa buscando asegurar su atención—. Me preguntaba si tendría algo para mí. Necesito ingresos extra.

—¿Qué? Dijiste que estabas fuera del negocio, muchacho. Siempre es lo mismo: venís a mí cuando os interesa, y luego desaparecéis

con cualquier excusa... ¿Cómo voy a mantener mis contactos, eh? ¿Cómo van a confiar en mí si yo no puedo confiar en vosotros, eh?

Lucca Marco era tan previsible en su comportamiento que daban ganas de abrazarlo como a un abuelo que ha vivido demasiado para resultar descortés. Sus quejas eran en realidad una forma de mostrar agradecimiento a quienes trabajaban para él. Siempre era lo mismo: colocaba ambas manos a escasa distancia de su enorme barriga, con las palmas hacia dentro y el pulgar escondido, y repetía ese gesto de hartazgo tan italiano que finaliza abriendo los brazos como un prestidigitador en el momento de culminar su truco. Todo ello acompañado de un rosario de lamentaciones añadidas a las que ya de por sí solían marcar su discurso. Aunque estuviera de mal humor las quejas tenían gracia, se tornaban cómicas y resultaba difícil tomárselas en serio. Exactamente como lo había imitado Vince aquel día en Boston mientras su padre, el dueño de *Marco's Famous Pizzeria*, escribía una nota de recomendación que yo ni siquiera pedí. Seguían tratándome como al chaval apocado que se pagaba sus caprichos trabajando duro como repartidor. Luego pasé a ser cliente habitual, hasta cometí la imprudencia de llevar allí a mi primera novia, como si fuera necesario presentarla en sociedad, y es que me había dejado influenciar demasiado por la idiosincrasia mediterránea de los Marco. En mi primera visita al restaurante de Piazza Navona, un empleado le hizo entrega a Lucca Marco de la carta de su primo bostoniano con mis referencias, y él vino hacia mí para abrazarme como si recuperase a un pariente perdido, incluso a un hijo que se había desviado al mal camino y regresara para pedir consejo. Al saber que estaría en Roma durante una buena temporada no tardó en habilitar para mí el piso más cercano a *Casa Marco* de los que disponía, perteneciente cómo no a cierta rama no viajera de su gran familia. Nunca entendió muy bien la naturaleza de mi empleo de localizador para Hollywood, pero eso encendió una lucecita en su cerebro de oso y comenzó a tentarme con ofertas que, todavía no comprendo bien los motivos, no supe rechazar.

—Vamos, *signore* Marco, sólo ha sido una escapada a Portugal. Ya estoy de vuelta, disponible.

—Te conozco bien, hijo, tú no estás hecho para este negocio. Pero ahora vienes con una hembra pelirroja, y tienes que agasajarla, claro, ¿no se dice así? Agasajarla, eso es, quieres tratarla como a una reina y

necesitas dinero, ¿eh? Hijo, tienes que saber que en la Edad Media quemaban a las pelirrojas porque representaban al demonio.

No contesté, pero serví más licor en su vaso.

—O quizá se trata del riesgo, quieres volver a sentirte vivo de verdad, ¿no es eso? Gracias por el whisky, muchacho. Jack Daniels, ¿eh? Es una forma de sentirte en tu tierra, seguro. Sé que no seguirás aquí por mucho tiempo, pero no importa, has crecido con mi sobrino nieto Vincenzo y por lo tanto eres como un sobrino nieto para mí. Ya tendrás noticias. Lo haremos todo según el procedimiento.

—Gracias, *signore* Marco.

Había esperado su respuesta con la botella de whisky en alto, y a un gesto suyo le serví un poco más. A continuación intenté escanciar también en mi propio vaso, pero la botella ya estaba vacía. Fijé la mirada en las profundidades del hielo todavía sin derretir, y no encontré nada que sirviera para justificarme.

IX

—¿CÓMO SE LLAMA TU PRODUCTORA?

—*Islands*.

—Ahá. ¿Y ya ha terminado tu labor de localización para la película de la que hemos hablado?

—Sí. En unas semanas comenzará el rodaje.

—¿No te han asignado algún otro proyecto?

—Todavía no.

Llevábamos ya dos días en Roma y Sam no mostraba ninguna preocupación por su trabajo. Estaba claro que cuando este llegara tendría que marcharse de allí, a cualquier parte donde le enviaran, a saber por cuánto tiempo. Tampoco parecía inquietarse por mi futuro: si recibía nuevos encargos de *Vanity Fair*, si había gustado mi reportaje sobre Sintra terminado con prisas, si estaba dispuesta a quedarme en Roma o a seguirle hasta su próximo destino. Demasiado tiempo para pensar el día anterior, sola en el apartamento durante tantas horas. A la mañana siguiente desayunábamos juntos unas tostadas con bacon, y yo no veía el momento de salir para recorrer la ciudad. Tras mis preguntas sobrevino un silencio de piedra, que finalmente Sam hubo de romper.

—¿Cuándo se publica lo de Sintra? Tengo ganas de verlo. Y de leerlo —sonrió al decir estas palabras, su boca enmarcada por la sombra de piel oscura recién rasurada. Siempre conseguía levantarse antes que yo, y lo primero que hacía era afeitarse para no perder un ápice su aspecto de antiguo galán de cine. Para colmo, ahora parecía poseer la capacidad de leer mis pensamientos.

—El mes que viene —respondí.

—Habrán quedado satisfechos, ¿no? En esa revista tuya tan prestigiosa, ¿no serán demasiado exigentes?

—Más que nada son vanidosos, claro —bromeé. Sam empezaba una vez más a ablandarme el ánimo. Enseguida conseguía ganarme con su sentido de la oportunidad—. Dicen que las fotos son estupendas, pero el texto les parece demasiado almibarado, aunque a tono con la intención romántica del reportaje.

—Espero no haber tenido nada que ver en eso.

—Por supuesto que no. Enamorarme de ti era sólo una puesta en escena para elaborar la crónica del paso de Byron por Sintra.

Sam se encogió de hombros, como si mi gracia no fuera con él.

—No me dejaste ver lo que tenías escrito —hizo una pausa para devorar la última tira de bacon en su plato, y luego mirar las mías con apetencia—. Además, pensaba que en periodismo gráfico las fotos y el texto son responsabilidad de personas diferentes.

—Cuando se trata de Europa prefieren ahorrar gastos.

Sam asintió y se lanzó sobre mi plato. Nunca le había visto comer con tanto fervor. De repente parecía más interesado en la comida que en la conversación. Había adivinado mis ganas de que se preocupara por mi trabajo, sí, pero al mismo tiempo esquivaba mis preguntas sobre el suyo. Por un lado me daba pie a hacer referencia al inicio de nuestra relación en Sintra, y por otro no quería seguir mi juego, evitando profundizar en el tema. Daba la impresión de tener la cabeza en otra parte, ocupada por cuestiones que no deseaba compartir conmigo. Opté por levantarme de la mesa para vestirme, dejándole solo mientras daba cuenta del resto del desayuno. La mañana anterior, tras la borrachera de vino en el restaurante de su amigo siciliano, me desperté tarde y con un mayúsculo dolor de cabeza, pensando en pedir a Sam que pasáramos el día en el piso, en lugar de pasear por la ciudad como habíamos planeado. No esperaba que ya hubiera salido sin aguardar a que yo amaneciera, de hecho estuvo la mayor parte del día resolviendo asuntos que prefirió no detallar. Incluso había tenido tiempo de volver durante mi sueño con alimentos y fruta fresca, según descubrí en la cocina. Al pasar la mayor parte del día abandonada en su piso, tuve tiempo de sobra para explorarlo. Me costó comprender la dejadez que allí reinaba: muebles viejos y cubiertos de polvo, un par de sillones des-

gastados y quejumbrosos, sólo la cocina se encontraba más o menos limpia y relativamente bien aprovisionada de útiles. Lo más llamativo era la carencia de decoración en las paredes, el grito mudo de los cuadros que alguna vez presidieron aquellos muros y que todavía dejaban un rectángulo de claridad en medio de la suciedad circundante. Se diría que Sam acababa de mudarse, y que tenía pendiente una seria reforma antes de instalarse definitivamente. Tal vez un apartamento tan desangelado se ajustara al perfil del clásico detective privado, ajeno a todo cuanto no fuera su caso y la *femme fatale* de turno, pero aun así me causaba disgusto que Sam viviera en aquellas condiciones. En las estanterías sí había algunos objetos personales y libros en inglés, los únicos elementos que permitían suponer que la casa estaba habitada por alguien que no sólo paraba allí para comer y dormir: una gorra descolorida de los Boston Celtics, varios paquetes de cigarrillos *Kool*, discos compactos en completo desorden, una guía turística de Roma, dos novelas muy manoseadas del escritor neoyorquino Paul Auster, un llavero con la silueta del perro de Tintín, la boquilla de un instrumento musical sobre un plato recuerdo de Venecia. Esto último me mantuvo intrigada y ocupada durante buena parte del solitario día, pues significaba que había acertado en una de mis presunciones iniciales sobre Sam. Al menos el resultado de esa apuesta caía a mi favor. Examiné la boquilla y aventuré que debía de pertenecer a un saxofón, dejándome llevar más por el deseo que por unos conocimientos musicales que no tengo. Me propuse encontrarlo. No en los armarios, uno de ellos repleto de ropa masculina y el otro vacío hasta que minutos antes sirviera para albergar el contenido de mi maleta. Extraño ver en el primero una buena cantidad de trajes de etiqueta, acaso Sam fuera con frecuencia a fiestas en Roma, no parecía probable. Di media vuelta para mirar con más atención la sala donde me encontraba. Precisamente gracias a sus reducidas dimensiones podía contener algo que escapara a un primer vistazo. A la izquierda del aparador con el cristal quebrado, donde Sam guardaba una notable cantidad de alcohol, entreví un bulto que antes me había pasado desapercibido, quizá a causa del reflejo de la poca luz matinal que lograba atravesar la suciedad de los cristales. Me acerqué a una de las ventanas y, en efecto, allí estaba, bajo un trozo de sábana y sobre una base para mantenerlo de pie. Un saxo no muy grande pero reluciente y hermoso, lo cual demostraba que Sam sabía cuidar con esmero de aquello que consideraba importante para él. Me senté en el sillón contiguo y lo puse sobre mi regazo, como

si fuera un gato al que acariciar. Recorrí su superficie brillante con los dedos, imaginando primero que podía escuchar a Sam arrancando notas de su interior, interpretando para mí la melodía de un tema de Coleman Hawkins como en Sintra. Luego imaginé que a quien acariciaba era al propio Sam, la superficie plateada y sólida del saxo como la sombra eterna sobre su barbilla recién afeitada, la curvatura del metal tan firme como sus músculos en tensión cuando se ocupan exclusivamente de mi cuerpo. Cerré los ojos para desear que esa mañana la resaca no me hubiera impedido despertarme al mismo tiempo que él, o al menos no encontrarme con su ausencia y una nota sobre la nevera diciendo que estaría fuera todo el día. Cuando una relación empieza una se malacostumbra a estar de manera permanente con la otra persona, un hábito imposible de conservar, contraproducente, del que cuesta demasiado desprenderse.

Terminé de arreglarme, él al fin concluyó con el desayuno, y fuimos andando por las callejuelas romanas hasta Piazza di Spagna. La lluvia que nos diera la bienvenida dos días atrás había dado paso a un sol voraz, que amenazaba con convertirse en suplicio a medida que ascendiera en el cielo. Pero a esas horas aún soplabla la brisa matinal y el paseo resultaba agradable, perfecto para saludar caminando a una ciudad que durante el día se presentaba viva, luminosa, lejos de su apariencia eterna pero fantasmal desde las almenas del Castel Sant'Angelo la noche de nuestra llegada. En toda Roma la densidad y el ruido del tráfico eran abrumadores, un *crescendo* de pitidos que se superponía sobre el sonido constante de los motores y de las ruedas sobre el asfalto. Había que hacer un esfuerzo para olvidar el estruendo y concentrarse en gentes, edificios y monumentos. Por suerte Sam no tardó en guiarme a través de calles secundarias, estrechas y empedradas, por donde mandaban las sombras con su frescor y remitía, aunque no demasiado, el trasiego de motocicletas y coches minúsculos. En aquella parte de la ciudad daba la impresión de haber menos turistas ociosos que italianos dedicados a sus tareas cotidianas, a pesar de estar poblada por tiendas de arte y antigüedades con su lujosa mercancía dispuesta en escaparates y aceras como reclamo. Disfruté unos segundos de la absurda sensación de victoria, o de pretendida distinción, que obtiene el viajero cuando encuentra una zona de la ciudad poco frecuentada por turistas, y se permite pensar que no forma parte de ellos. Luego me detuve a observar el escaparate de una de las tiendas, y en concreto la colección de máscaras venecianas que exhibía. Mientras

tanto Sam, según una costumbre suya que no me había pasado desapercibida, se solazaba viendo pasar alguna que otra belleza romana; no pude dejar de constatar cómo una morena altiva y garbosa, que parecía salida de unos versos de Neruda, le devolvía la mirada al cruzarse con nosotros. Tenía unos ojos oscuros y radiantes que tanto podían representar desprecio como constituir una invitación al galanteo. Mi detective distraído sostuvo la mirada hasta el final y a causa de ello tropezó con un adoquín rebelde. Tentada estuve de dejarme arrastrar por un bobo ataque de celos; en lugar de ello aproveché su traspiés para arrebatarme el sombrero y ponerlo sobre mi cabeza, negro sobre rojo. Enseguida se giró hacia mí, algo azorado, y sonrió sin reservas por primera vez en dos días.

—Parece que las curvas tipo Claudia Cardinale siguen causando estragos —dije, con la debida sorna.

—No discutiré sobre las curvas, pero esos ojos tenían todavía más peligro que los de la actriz —respondió, y a continuación se lanzó a por el sombrero con un movimiento de animal herido.

El forcejeo se convirtió en beso por su parte, por la mía en una dentellada vengativa sobre su cuello. Entonces Sam me separó de él con cierta violencia, aprisionándome los brazos. La expresión de su rostro denotaba recelo o temor, me pregunté si habría mordido demasiado fuerte sin darme cuenta. Luego se suavizó para volver a sonreír, mientras dedicaba unos segundos a ordenarme el pelo (mal, como siempre hacen los hombres) y a colocarme el sombrero encima con delicadeza. Sin palabras, nos cogimos de la mano y continuamos caminando. Frené en seco cuando nuestro recorrido desembocó en Piazza di Spagna, impresionada por las dimensiones de la escalinata y la vista de la iglesia allá arriba en las alturas. Seguramente me equivocaba, pero supuse que aquel desnivel enorme en el terreno sería una de las colinas fundacionales de Roma. El sol se enseñoreaba sobre la escena, y se me antojó imaginar a Gregory Peck tumbado en la escalinata, esperándome. Pero de inmediato fuimos asaltados sucesivamente por una legión de orientales vendedores de fruslerías, un apuesto italiano ofreciendo sus servicios como *cicerone*, dos jóvenes inglesas que querían ser retratadas con la fuente y las escaleras a sus espaldas. Cuando al fin pudimos desembarazarnos de todos ellos, Sam y yo subimos hacia el edificio que hace esquina a la derecha de los escalones, la sede de *The Keats-Shelley Memorial House* a donde había prometido llevarme. Ante

el anuncio de que el museo cerraba justo ese día de la semana, lunes, Sam propuso invitarme a un capuchino en una cafetería cercana pero alejada del bullicio de la plaza, nos cobrarían un precio razonable según me explicaba. Estaba dispuesta a seguirle cuando mis ojos se detuvieron en algo familiar. Tiré a Sam de la gabardina y le obligué a girarse. Por toda respuesta a su gesto de desconcierto, señalé el rótulo del establecimiento cuya terraza ocupaba la mayor parte de la plaza frente a nosotros. Caffè Dinelli. No me había dado cuenta antes, apabullada como estaba asimilando tanta información visual. Caffè Dinelli, el lugar donde Tom Ripley, haciéndose pasar una vez más por Dickie Greenleaf, cita a dos amigos de este con su propia novia, para hacerles creer a todos que Dickie sigue vivo mientras él observa el encuentro y se asegura del éxito de su artimaña apostado tras el parapeto de los *Spanish steps*. Siempre había pensado en aquella terraza como el sitio ideal para sentarme durante horas y horas practicando mi costumbre de fabricar ficciones. Por un momento quise que Sam no estuviera conmigo, que desapareciera para poder entregarme por completo a esa afición mía. Me sentí ligeramente culpable un instante, considerando que en lugar de dejarme llevar por el egoísmo bien podía hacerle partícipe de aquel pasatiempo tan particular. En todo caso, ya tenía una magnífica distracción para la próxima vez que me dejara sola en el apartamento. Conduje a Sam hasta allí como si fuera yo la guía y no al contrario. Nos sentamos, él se desembarazó de la gabardina que llevaba ya rato haciéndole sudar, y le expliqué la importancia de la localización donde nos encontrábamos para el rodaje de «El talento de Mr. Ripley». Confiaba en despertar su interés, como profesional de ese aspecto concreto de la cinematografía. Continué hablando para indicarle que se trataba de una escena que no aparecía en la novela de Patricia Highsmith, curiosamente, pues me resultaba de las más logradas de la película. Sam se mostraba un tanto disgustado por el cambio de planes, pero mordió el anzuelo y comentó que, en efecto, aquel emplazamiento era el idóneo para desarrollar una secuencia de diálogo en exteriores en el marco del que quizá fuera el lugar más emblemático de Roma.

—La dificultad —continuó mientras esperábamos que nos sirvieran los capuchinos a precio astronómico— reside en vaciar la plaza de turistas y vendedores ambulantes el número de horas necesario para el rodaje. Tengo entendido que a Minghella le supuso un gran esfuerzo conseguirlo. En mi caso he recomendado al director que evite rodar un exterior aquí, si acaso una panorámica desde los balcones de la emba-

jada española, ahí al lado, para situar al espectador. Mi propuesta es que la plaza sirva de fondo a las escenas sobre la vida y muerte de Keats en Roma, tomada desde las propias ventanas de la que fue su residencia. Así se lograría el contrapunto entre la agonía del poeta y la vitalidad de los *Spanish steps* como telón de fondo. John Keats ahogándose en su tuberculosis, y afuera la animación que vemos ahora, y que él mismo vería a diario desde la cama. Una lástima que tengamos que esperar hasta mañana para visitar la casa museo.

Sonreí, incapaz de no apreciar su sensibilidad. Esto terminó por vencer las últimas reticencias a compartir con él mi manía de recrear las vidas de quienes cruzan ante mis ojos en lugares tan propicios como aquel Caffè Dinelli.

—Mira con atención a aquella pareja —propuse—. Sí, la que está a la sombra bajo el toldo. No, no te quites las gafas, así nunca sabrán con seguridad si es a ellos a quienes observas. ¿No te parece que están nerviosos, incómodos? Llevan un rato sin pronunciar palabra. Es posible que acaben de hacerse mutuos reproches, o simplemente que no tengan nada que decirse. Ella no para de mirar a derecha e izquierda, y él manosea el envoltorio de un azucarillo, creo. Mira, ahora coge la carta y golpea con ella sobre la mesa. Siguen en silencio. Tal vez sean amantes.

—Pero en ese caso no vendrían a reunirse aquí, un sitio tan transitado, a la vista de todos.

—Bueno, no quería decir que fueran amantes en el sentido de que alguno tenga otra pareja a la que está engañando. Me refiero a que se acuestan juntos, eso está claro, porque si no fuera así disimularían su nerviosismo.

—No te sigo.

—Sí, verás: si sólo fuera una cita galante, un intento de seducción previo, ambos estarían distraendo la tensión hablando de cualquier cosa. Pero no hablan. De manera que es posible que lleven bastante tiempo juntos, aunque parecen demasiado jóvenes como para estar casados y vivir bajo el mismo techo.

—Entonces a qué atribuyes sus nervios.

—Quizá están comenzando a cansarse el uno del otro, y no saben cómo enfrentarse a una situación nueva para ellos. Se les ha ocurrido hacer algo especial como citarse en Piazza di Spagna, probablemente haya sido idea de él, pero no es suficiente para cambiar las cosas.

Tanto Sam como yo hicimos una pausa para permitir al camarero que nos atendiese, y luego para probar los cafés. El sabor intenso y único de los capuchinos en Roma convertía en una afrenta que también se sirvieran en tantas otras partes del mundo fuera de Italia. Me pareció divertido pensar algo tan concluyente. Viajar para conocer monumentos o sabores o tradiciones en el lugar de donde provienen, ese sentido exclusivo de las cosas, pertenecía al pasado. Como mínimo, al siglo pasado. O antes, a la época en la que sólo gente como Byron podía permitirse viajar a su antojo. Sam seguía jugando y no tardó en interrumpir mi muda reflexión:

—¿Te has fijado en ese tipo de allí, a la derecha de ellos? El que está solo, tomando un martini. Se diría que los está vigilando. Tiene pinta de matón, o mejor de espía, con esa chaqueta de *tweed* tan pasada de moda. También mira para acá de vez en cuando.

Moví la cabeza para tener una línea de visión clara hacia el sujeto que Sam me indicaba. Dudo que pasara desapercibido mi horror al divisarlo. Me quedé paralizada durante varios segundos, imposibilitada para hablar o reaccionar de otro modo que no fuera el estupor. Cuando al fin recuperé la voluntad me volví de golpe hacia Sam, y eché hacia atrás la silla, intentando ocultarme al amparo de otro grupo de clientes. Un gesto inútil, por cuanto resultaba obvio que Harry Lime no podía estar en la terraza del Caffè Dinelli más que para continuar persiguiéndonos.